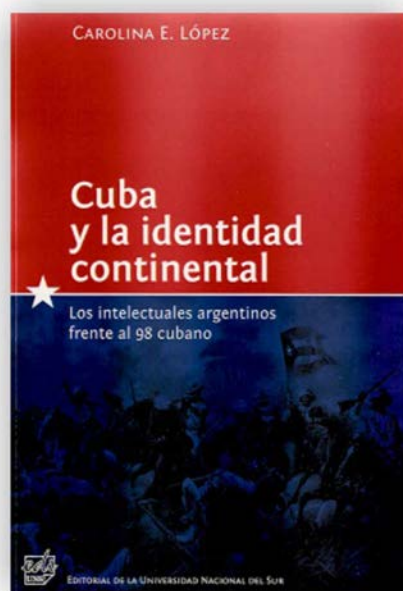


Carolina E. López, *Cuba y la identidad continental. Los intelectuales argentinos frente al 98 cubano*. Bahía Blanca, Editorial de la Universidad del Sur, 2011. 350 páginas.

Por Germán Friedmann

(CONICET/UBA/UNSAM)



El trabajo de Carolina E. López parte de la guerra de independencia cubana de 1898, un suceso complejo con múltiples consecuencias tanto para los países beligerantes como para el resto del continente. Su objetivo es analizar aquel conflicto como un importante acontecimiento exógeno que motivó en la Argentina el desarrollo de una intensa actividad por parte de la sociedad civil e instaló en el centro del debate intelectual el problema de la identidad nacional y continental.

El trabajo, que se inscribe dentro de la llamada historia intelectual, apela al análisis del discurso utilizando como núcleo central un corpus documental integrado por obras de Paul

Groussac, Roque Sáenz Peña, Martín García Mérou, Ernesto Quesada y Carlos María Urien. Esta selección, señala la autora, es un muestreo estratégico de la intelectualidad argentina porque, además de resultar figuras representativas de aquel campo, sus manifestaciones e intervenciones públicas referidas al '98 cubano condensaron las principales líneas discursivas generadas en el país.

El primer capítulo describe el contexto y traza un panorama de las distintas fuerzas en pugna en aquella contienda bélica, que la autora llama “guerra hispano-cubano-norteamericana” porque considera que la más usual definición de guerra “hispano-norteamericana” implica el desconocimiento de la “participación del pueblo y del ejército cubano, quienes lucharon por la concreción de su independencia desde la primera mitad del siglo XIX” (p. 45). Para López, aquella experiencia señaló en América Latina el inicio de un moderno “neo-imperialismo” que, tras desalojar una perimida forma de dominación tradicional española sobre Cuba, preludia el avance y fortalecimiento de una nueva dependencia a partir del intervencionismo norteamericano.

El segundo capítulo analiza las características de la Argentina como “país observador” del conflicto. En él hace hincapié en la relación con los países industrializados, los lineamientos generales de la política exterior argentina y las diversas posturas adoptadas por distintos sectores de la sociedad civil frente a la guerra. López detalla la conformación de un espacio de opinión integrado por numerosos actores sociales,

como el gobierno, la prensa y los intelectuales, cuyas posiciones mayoritarias fluctuarían entre una simpatía inicial por la causa cubana y una posterior compasión hacia España. Al perder a manos de la nueva potencia -a la vez temida y admirada- sus últimos territorios en el continente, España habría pasado a ser percibida como la Madre Patria. En la mente de muchos la defensa de la independencia cubana dio paso a la de la integridad de Hispanoamérica. El creciente sentimiento antinorteamericano, sumado al novedoso apoyo a la causa española presente en la opinión pública y en importantes sectores de la intelectualidad argentina, ejerció una fuerte presión sobre el gobierno, pero no alcanzó, sin embargo, a torcer su postura de neutralidad, “sustentada en intereses concretos y pragmáticos” (p.99).

En los últimos dos capítulos López se concentra en el estudio específico de los intelectuales argentinos como actores sociales en la esfera pública. Explora sus trayectorias personales y profesionales, realiza un análisis comparativo de las obras seleccionadas y describe las estrategias discursivas utilizadas en torno al caso cubano para apelar y persuadir a su auditorio. En los relatos analizados, la omnipresencia de los Estados Unidos definió dos corrientes de opinión adversas: la de quienes percibieron a aquel país como un modelo de organización democrática y aquellos que lo vieron como una amenaza expansionista. Entre los primeros, Martín García Mérou y Carlos María Urien defendieron el

sentido misional de la civilización norteamericana, cuyo destino deseable era el de convertirse en líder y difusor no sólo de su sistema político sino de “virtudes y valores que destierren y transformen la herencia hispana que prevalece en el continente y lo somete a un retraso cultural, político y económico” (p.315). Por el contrario, Paul Groussac, Roque Sáenz Peña y Ernesto Quesada denunciaron en sus discursos la intervención imperialista de la potencia del norte. Además representaron al pueblo norteamericano como “una raza conquistadora carente de valores morales, dominada por un espíritu pragmático y materialista, sin tradiciones ni elementos identitarios destacables” (p. 316). Revalorizaron así la figura de España, organizando sus discursos en torno al rescate de elementos compartidos como la historia y la pertenencia a la raza latina, término cuya imprecisión favoreció su creciente difusión como parte constitutiva de la identidad latinoamericana.